

## PERSONA Y CULTURA

1.-El espíritu, nota específicamente constitutiva de la persona. A diferencia de los seres materiales, por su espíritu el hombre no sólo es en el medio de otros seres, sino que es inteligente - lee dentro o de-vela el ser- sabe que él, el mundo y Dios son y es capaz además de descubrir lo que éstos seres son: su esencia; y es también libre, es decir, posee dominio sobre su propia actividad, capaz de modificar con ella su ser y el ser de las cosas de acuerdo a los fines que él mismo se propone. En otros términos, únicamente el hombre, por su espíritu, posee un doble señorío sobre su actividad y su ser y sobre otros seres: el de develar y aprehender el ser inmanente y trascendente de una manera consciente en su acto intelectual, y el de modificar al mismo para lograr nuevos bienes no dados por la naturaleza.

Este doble dominio de su actividad y de su ser, por la conciencia y la libertad, que tiene su raíz en el espíritu, confiere al hombre su carácter de persona. El hombre es persona, porque, a más de existir como una substancia completa, en sí o separada de todo otro -nota genérica tiene conciencia de su ser y dominio sobre su propia actividad por la libertad -nota específica-. La conciencia o aprehensión consciente de su ser como tal se logra mediante la aprehensión del ser circundante; y la libertad se ejerce no sólo sobre su propia actividad volitiva, sino, mediante ésta, sobre otros sectores de su actividad y sobre su mismo ser, y a la vez sobre la actividad del ser de los entes mundanos.

Su abertura cognoscitiva y volitiva hacia el ser -trascendente e inmanente- conduce a la persona hasta el Ser de Dios, como a su suprema instancia ontológica y como a su Bien supremo y último Fin; desde el cual cobra sentido y vigor la norma y obligación moral - como exigencias o deber-ser- que encauza la actividad libre y, mediante ella, toda la actividad del ser mismo del hombre, hacia Dios. Por su actividad inteligente y libre la persona descubre su ordenación esencial a la Verdad y Bondad de Dios, y encuentra en este destino divino de su ser, el fundamento de sus obligaciones y derechos, que ninguna autoridad humana tiene poder de conculcar. En última instancia, el hombre es persona, es decir, un ser espiritual y, por eso inteligente y libre, porque está hecho para Dios.

2.-El mundo de la Cultura. El ser y vida espiritual hace capaz a la persona de perfeccionar o acrecentar el ser o bien de las cosas y el suyo propio. La acción conjunta de -su inteligencia y voluntad dan origen a un nuevo mundo, el cual es, por eso, el propio de la persona y que es el de la cultura o humanismo.

La cultura no surge de la nada como el mundo que Dios crea: supone el ser y actividad del hombre y de las cosas, que, bajo la acción espiritual inteligente y libre de la persona, es transformado y convertido en un mundo nuevo, en que el ser o bien es acrecentado para bien de la persona misma. La cultura es la continuación de la creación de Dios, por el hombre, que por su espíritu, es imagen del Creador.

A diferencia de los demás seres que actúan de acuerdo a leyes necesarias, que los conducen al bien o perfección propia, y al servicio del hombre a que Dios los ordena, sin salirse nunca de esta órbita ordenada pero sujeta al determinismo causal; el hombre, por su inteligencia es capaz de descubrir el ser o bien de las cosas y del propio ser y las relaciones de medio-fin que las vinculan; y por su voluntad libre es capaz de elegir y poner en acción los medios para obtener nuevos fines que se propone y transformar con ellos su propio ser o el ser de las cosas en vista de conseguir su propio bien.

Tal actividad, que nace del espíritu y cambia los seres para perfeccionarlos, que acrecienta el bien de la naturaleza, incluyendo la naturaleza del propio hombre, es la cultura o humanismo. Ella no sólo tiene su causa eficiente sino también es causa final en el espíritu. El espíritu la produce y el espíritu es el destinatario final. Y como la persona es tal por el espíritu, la persona es el principio y el fin de la cultura.

La cultura es, pues, el mundo que la persona crea para su propio bien personal, es el mundo que elabora con las demás personas a fin de poder desarrollar más adecuadamente los distintos aspectos materiales y espirituales de su actividad y de su ser de un modo jerárquicamente orgánico, de acuerdo a su Fin divino. La cultura es el mundo que la persona -sólo ella- crea para nutrir y perfeccionar su ser personal en orden a la consecución de su Bien o Fin definitivo. De aquí que ese mundo de la cultura sea ignorado o desconocido por los demás seres, que no lo pueden elaborar, ni conocer ni usufructuar.

La persona no puede actuar con su inteligencia y su libertad sobre si misma y sobre las cosas sin realizar cultura; y no puede realizar cultura sin la actuación de su actividad espiritual. No hay persona sin cultura, ni cultura sin persona.

3.-Los sectores de la cultura: 1) técnica y arte. La primera incidencia de la actividad espiritual de la persona se realiza sobre los objetos materiales, a los que transforma para hacerlos útiles o bellos o ambas cosas a la vez. La actividad personal que modifica los seres materiales para lograr en ellos el bien de la utilidad, es la cultura técnica; la que los transforma para obtener en ellos el bien de la belleza, es la cultura artística. Ambas son fruto y expresión del espíritu, aunque el bien logrado resida en los objetos materiales. Con esta actividad el espíritu acrecienta el ser o bondad de los seres materiales, logra en ellos bienes que por su ser y actividad natural no poseían o no lo poseían en tal grado. El mundo acrecienta su ser con el ser de la utilidad y la belleza, bajo la acción espiritual y cultural de la persona, que continúa así la acción creadora de Dios.

La norma para juzgar la bondad de tal actividad técnica y artística se funda en la utilidad o en la belleza que se logra por ella. La actividad técnica y artística es buena o mala de acuerdo a que esté ordenada o no a su fin y en la medida en que lo está. La actividad técnica y artística se regula por esta norma, y en sí misma no es buena o mala por su conformidad con la norma moral o del bien humano. Esto quiere decir que la actividad técnica y artística es autónoma, tiene su propia regla. Autónoma es su órbita y fin propio, no es sin embargo independiente del orden moral o humano, pues toda ella con su fin está ordenada al bien del hombre y, consiguientemente, no será auténticamente cultura, si no se

ajusta a la norma moral. Los bienes de la técnica y del arte son realizados por la persona para su propio bien.

4.-Los sectores de la cultura: 2) la moral. El segundo sector de la cultura nace del espíritu e incide en el propio espíritu, en la actividad libre, para transformarla y acrecentar su ser o bien, ajustándola a las exigencias o deber ser de la norma moral, que las expresa como exigencias del último Fin divino para su consecución.

Esta segunda acción cultural perfecciona o acrecienta el ser o el bien del propio hombre. A diferencia de la actividad técnica-artística, que transforma al hombre en un buen artesano o en un buen artista -pintor, escultor, etc.- bueno como artesano o como artista, la actividad moral transforma al hombre en un hombre bueno, bueno como hombre. Comprende el perfeccionamiento humano en todo su ámbito individual y social y, dentro de éste, el familiar y político y jurídico.

El perfeccionamiento humano o moral se logra más que con actos esporádicos, con la creación de los hábitos o virtudes, con que de una manera permanente la voluntad libre queda capacitada e inclinada a obrar el bien y liberada así en gran manera de su capacidad e inclinación para hacer el mal. Esta bondad creada en el hombre por la cultura moral es esencialmente superior a la anterior, como lo espiritual es superior a lo material, como el hombre lo es al mundo.

5.-Los sectores de la cultura: 3) el orden teórico. Finalmente la cultura puede incidir en la facultad intelectual para su perfeccionamiento. La inteligencia, esencialmente hecha para de-velar el ser o verdad de las cosas en toda su infinita amplitud, puede desviarse fácilmente por los caminos del error. La acción de la cultura en este sector consiste ante todo en enriquecer el ser de la inteligencia con los hábitos de la sabiduría y de la ciencia, con los cuales aquélla queda capacitada para actuar con seguridad en el raciocinio o pasos que conducen a la verdad, sin desviarse por las sendas del error.

6.-El orden jerárquico de la cultura. El enriquecimiento de la actividad humana, que transforma y acrecienta el ser de las cosas, el ser de la voluntad libre, y el ser de la inteligencia y, mediante éstas, el ser mismo del hombre, para que sea realmente cultura o perfección humana tiene que desarrollarse de una manera jerárquicamente organizada, de modo que el bien del primer sector esté al servicio del segundo, y éste a su vez al servicio del tercero, sector por el cual el hombre se abre a la trascendencia y logra posesionarse de la verdad y, en definitiva de la Verdad de Dios, Bien y Fin supremo del hombre.

Desde que un sector de la cultura se desarrolla con independencia de los otros y, consiguientemente, se desarticula del bien total del hombre deja de ser perfeccionamiento humano y, por eso mismo, deja de ser cultura.

Tal la situación de la cultura en el mundo actual. El fin que se propone gran parte de los hombres es el bienestar material, todo su esfuerzo se concentra en la técnica y en la

economía y en la ciencia en cuanto se subordina a éstas. Se trabaja para vivir con mayor comodidad y gozar de los sentidos. El desarrollo de los grados superiores del espíritu: el arte y sobre todo la moral, la investigación y contemplación de la verdad en sus grados desinteresados de la ciencia y principalmente de la Filosofía y de la Teología son apenas cultivados por pequeños grupos y en muchos casos por caminos descarriados, desconocidos, cuando no despreciados, por una gran parte de los hombres.

Los grados desinteresa os de la cultura, que hacen a la perfección de la perfección de la persona misma en su ser espiritual, tales como el cultivo de la verdad, del bien y de la belleza y el ejercicio de la actividad religiosa, que en la cima del espíritu unifica todos aquellos grados en la adhesión amorosa al Bien infinito de Dios, se han extinguido casi totalmente en una gran masa de los hombres.

De ahí la paradoja de un mundo inmensamente desarrollado en los grados materiales de la cultura -la economía y la técnica y las ciencias a su servicio-, pero que ha perdido el sentido y el camino de la auténtica cultura o humanismo; y por eso mismo paradójicamente ha engendrado una economía, una técnica y una ciencia, que, desarticuladas del orden moral y humano, vienen a resultar al final realmente inhumanas; una abundancia y acumulación de bienes materiales, y a la vez una multitud creciente de hombre que carecen de los medios indispensables para una vida digna de la persona humana.

Misión de la Filosofía y de la Teología cristiana es señalar con vigor el orden jerárquico de la cultura, con sus sectores superiores del cultivo desinteresado de los bienes del espíritu, para la restauración de una verdadera cultura de la persona humana en sí misma y en su vida social. Porque sólo mediante esta organización jerárquica podrá el hombre encontrar el ambiente para su perfeccionamiento integral, auténticamente humano. En una palabra, se trata de que la cultura sea un verdadero humanismo o perfeccionamiento del hombre, dentro del cual la economía y la técnica con todos los bienes materiales por ellas obtenidas estén realmente al servicio de la comunidad de las personas.

Porque la cultura es el mundo que la persona crea para acrecentar o perfeccionar su propia actividad y su propio ser o bien -o el ser o bien de las cosas en función del propio bien humano- de una manera integral, que logra su cima en el perfeccionamiento de su vida espiritual de persona humana, Sólo entonces la cultura es verdaderamente cultura o humanismo desarrollo humano del hombre. Con ella y gracias a ella la persona acrecienta su vida y su ser, se perfecciona como persona y, mediante tal perfeccionamiento, se ordena a su supremo Bien trascendente y divino, y se prepara así en la vida terrena para el logro de la actualización perfecta de su actividad y de su ser, para el logro de su plenitud personal en la posesión definitiva de ese Bien, en la vida inmortal.

7.-Carácter temporal y significación eterna de la cultura. La cultura es, pues, temporal y, como tal efímera: se ubica en la vida del tiempo entre el hombre naturalmente dado en el comienzo de su existencia y el hombre como debe llegar a ser en la eternidad con la posesión del Bien infinito. La cultura cesa con la muerte para dar lugar a la vida definitiva e inmortal de la persona: esa es su fragilidad. Pero a la vez la cultura prepara al

hombre para la consecución de su meta definitiva divina más allá de la vida presente: esa es su nobleza.

Transitoria como la vida terrena, la cultura -cuando ella es verdadera cultura o desarrollo integral del hombre- dispone y conduce a éste a la plenitud definitiva de su vida y de su ser, donde cesa el desarrollo humano con el de la cultura misma.

8.-La cultura o humanismo sólo realizable como cultura o humanismo cristiano. La cultura, como desarrollo jerárquico de los diferentes aspectos de la vida humana en su unidad orgánica, mediante la realización de los valores de la persona humana, sólo puede lograrse como humanismo cristiano. Porque así como el hombre está colocado en una imposibilidad moral para conocer por sus propios luces naturales las verdades fundamentales necesarias para la organización ordenada de su vida -Dios, la ley natural, la vida inmortal, etc.- sin la ayuda de la Revelación cristiana, y también lo está para adecuar por su propio esfuerzo su conducta y su vida con las exigencias de esas verdades, sin la ayuda de la Gracia de Dios que ilumina su inteligencia y conforta su voluntad. El orden natural y la cultura y el humanismo que lo instaura, es imposible de develar por la inteligencia y realizar con la voluntad libre, sin la ayuda sobrenatural de la gracia que ilumina a la inteligencia y conforta a la voluntad. En tal sentido la cultura o humanismo, el desarrollo de la persona humana, individual y socialmente, en su vida y ser interior y en las cosas exteriores en relación con ella, culminando en su perfección espiritual, aunque humano y de orden natural en su esencia únicamente puede lograrse en su existencia concreta mediante la acción sobrenatural de la gracia de Dios, que normalmente se confiere en el cristianismo, en la Iglesia o, brevemente, sólo puede lograrse como humanismo cristiano.